

bién su vida es una novela, pero triste. El alma delicada de Shakspeare, herida por los choques de la vida social, se ha refugiado en las contemplaciones de la vida solitaria. Para olvidar las luchas y las penas del mundo, hay que internarse en el gran bosque silencioso, «y dejar correr las horas fugitivas del tiempo á la sombra de melancólica enramada». Se mira los dibujos espléndidos que traza el sol en el blanco tronco de las hayas, la sombra de las trémulas hojas que vacila en el tupido musgo, las prolongadas ondulaciones de las copas; embótase el punzante aguijón de los pesares; no se sufre ya, se recuerda tan sólo que se ha sufrido; ya no encuentra uno en sí más que un dulce misántropo, y el hombre renovado se hace mejor. El anciano duque se halla contento en su destierro. La soledad le ha dado el reposo, le ha librado de la adulación, le ha restituido á la naturaleza. Le dan lástima los ciervos que tiene que matar para sustentarse. Se reputa injusto cuando ve «á esos pobres inocentes, ciudadanos de nacimiento de esa desierta ciudad, perseguidos en sus propios dominios, con las redondas ancas ensangrentadas por las flechas». Nada más dulce que esa mezcla de tierna compasión, de filosofía soñadora, de tristeza delicada, de quejas poéticas y de canciones bucólicas. Uno de los señores canta:

«Sopla, sopla, viento invernal; no eres tan malo tú como la ingratitud de los hombres; no es tan agudo tu diente, porque no se te ve, aunque sea áspero tu soplo. Canta ¡ay! canta en el verde acebo. El amor no es más que locura; la amistad es pura ficción. Esta sí que es vida placentera.»

Entre ellos se encuentra un alma más dolorida, Jacobo el melancólico, uno de los personajes más caros de Shakspeare, transparente disfraz tras el cual se ve

la figura del poeta. Es triste, porque es tierno; siente con demasiada viveza el contacto de las cosas, y lo que á otros deja indiferentes le hace llorar á él. No censura, se aflige. No razona, se conmueve. No tiene el espíritu agresivo de un moralista reformador; es un alma enferma y cansada de vivir. La imaginación apasionada conduce pronto al tedio: exalta y anonada como el opio. Eleva al hombre á la más alta filosofía para dejarle caer luego en caprichos de niño. Jacobo abandona á los otros bruscamente, y se va á lo más escondido del bosque para estar solo. Ama su tristeza y no querría cambiarla por la alegría. Cuando encuentra á Orlando, le dice: «¿El nombre de vuestra amante es Rosalinda? —Justamente. —No me gusta su nombre.» Se ve que tiene genialidades de mujer nerviosa. Lleva á mal que Orlando escriba sonetos en los árboles del bosque. Es raro, y encuentra asuntos de pena y de alegría allí donde los demás no verían nada semejante. «¡Un bufón! ¡un bufón! He encontrado un bufón en el bosque, un bufón vestido de colorines. ¡Pobre mundo el nuestro! Tan cierto como que vivo, he encontrado un bufón tumbado al sol y maldiciendo á la señora Fortuna en buenos términos, en términos escogidos. ¡Un bufón vestido de colorines!» Oyéndole moralizar de esa suerte, no ha podido menos de reirse de que hubiese un bufón tan dado á meditar, y se ha reído durante una hora. «¡Oh noble bufón! ¡digno bufón! El vestido de colorines es el único vestido. ¡Que no fuese yo un bufón! Mi ambición es tener un vestido abigarrado como el suyo.» Un instante después torna á sus disertaciones melancólicas, brillantes pinturas cuya viveza explica su carácter y delata á Shakspeare, oculto bajo su nombre.

«El mundo entero no es más que un teatro, y todos,

hombres y mujeres, no son más que actores. Tienen sus entradas y salidas, y cada cual representa varios papeles. Sus actos son las siete edades. En primer lugar, la criatura que berrea y vomita en brazos de su nodriza. Luego el muchacho cumpungido que, con su cartapacio y su cara reluciente, matinal, va, como una limaza, arrastrándose á la escuela de mal talante. Luego el amante, suspirando como una fragua, y entonando endechas lastimeras en honor de las cejas de su dama. Después el soldado, votando y jurando á cada instante, con más barbas que un zamarro, celoso de su honor, brusco y violento, buscando el humo de la gloria en la boca del cañón. Después el juez, de oronda panza, rellena de capones cebados, de ojos severos, de barba magistralmente cortada, henchido de sabias máximas y de precedentes modernos; y de ese modo representa su papel. La sexta edad nos ofrece al escuálido Arlequín en zapatillas, con gafas en las narices, con una bolsa al lado, con sus calzones de joven bien conservaditos, donde pueden bailar sus piernas consumidas, y con su gruesa voz varonil volviendo á atiplarse como la de un niño, y sonando como un pito ó una pipitaña. El final de esta extraña y azarosa historia es la segunda infancia y el puro olvido. Ni dientes, ni vista, ni gusto, ni nada.»

*Como queráis*, es casi un sueño. *El Sueño de una noche de verano* lo es completamente.

La escena, hundiéndose en la vaporosa lontananza de la antigüedad fabulosa, retrocede hasta Teseo, que adorna su palacio para casarse con la bella reina de las Amazonas. El estilo, recargado de atormentadas imágenes, llena el espíritu de visiones extrañas y espléndidas, y el pueblo aéreo de los silfos viene á extravíar la comedia en el mundo fantástico donde él nació.

Aquí se trata de amor también: ¿no es de todos los sentimientos el más grande artífice de sueños? Pero el amor no tiene ahora por lenguaje el picoteo delicioso de Rosalinda; es ardiente como la estación. No se exhiba en conversaciones ligeras, en ágil y retozona prosa; prorrumpe en amplias odas rimadas, adornadas de metáforas magníficas, sostenidas por acentos apasionados, como los que puede inspirar á un poeta y á un amante de cálida noche, cargada de perfumes y centelleante de estrellas. Lisandro y Hermia convienen en verse por la noche «en el bosque donde se han sentado frecuentemente sobre lechos de blandas violetas, á la hora en que Febe contempla su frente de plata en el espejo de las fuentes, y baña en líquidas perlas las hierbecillas». Se internan allí, y se duermen fatigados bajo los árboles. Un silfo toca con la nariz mágica los ojos del mancebo, y cambia su corazón. En seguida, al despertarse, se enamorará de la primera que vea. Entre tanto, Demetrio, amante desdeñado de Hermia, vaga con Elena, desdeñada de él, por el bosque solitario. La flor mágica le cambia asimismo, y ahora á quien ama es á Elena. Los amantes se huyen y persiguen por la espesura en la serena noche. Sus transportes, sus quejas, sus éxtasis hacen sonreír, pero cautivan. Aquella pasión es un sueño, y, sin embargo, seduce. Se asemeja á esos tejidos aéreos que el rocío deposita por las mañanas sobre los caballetes de los surcos, y cuyos hilos centellean como brillantes. Nada más frágil ni más delicioso. El poeta juega con las emociones: las confunde, las entrecruza, las enmaraña. Anuda y desanuda esos amores como figuras de un cuadro de baile, y se ve pasar entre el verdor, á los ojos radiantes de las estrellas, esas nobles y delicadas figuras, ya bañadas en lágrimas, ya iluminadas por el

arrobamiento. Tienen el abandono del verdadero amor, sin la grosería del amor sensual. Nada nos hace caer del mundo ideal á que Shakspeare nos transporta. Esos seres, deslumbrados por la belleza, la adoran; y el espectáculo de su felicidad, de su turbación y de su ternura es un encanto.

Por encima de esas dos parejas revolotea y zumba el enjambre de los silfos y de las hadas. Estos aman también. Titania, su reina, tiene por favorito un mancebo, hijo de un rey de la India, que su esposo Oberón quiere quitarla. Disputan de tal modo que sus silfos, espantados, van á esconderse en los dedales de las bellotas y en el áureo ropaje de las primavera. Oberón, para vengarse, manda á Puck tocar con la flor mágica los ojos de Titania dormida; y he aquí que, al despertarse, la más ligera y encantadora de las hadas se siente prendada de un zopenco con cabeza de burro. Se arroja ante él. Pone sobre sus vellosas sienes una corona de fragantes flores. «Y las gotas de rocío, que ha poco adornaban los capullos como redondas perlas de Oriente, se detienen ahora como lágrimas en los ojos de las pobres florecillas, cual si llorasen su desgracia.» Congrega en torno de su amor á los genios que la siguen:

«Corred delante de él durante sus paseos, y saltad delante de sus ojos. Alimentadle de albaricoques, de grosellas, de uvas purpurinas, de higos frescos y de moras. Robad á las abejas su bolsa de miel; á fin de alumbrarle de noche, cortadlas los muslos de cera, y encendedlos en los ojos del gusano de luz, para guiar á mi amor al lecho y despertarle; arrancad á las mariposas las pintadas alas, y con ese abanico apartad de sus ojos, cuando duerma, los rayos de la luna. Venid, acompañadle, guiadle á mi retiro. Me parece que la luna mira con ojos húmedos, y, cuando llora, llo-

ran todas las florecillas por alguna perdida virginidad. Atad la lengua de mi amado; llevadle en silencio.»

Falta hace, porque el amado rebuzna horriblemente, y á todas las ofertas de Titania responde pidiendo heno. ¿Qué más triste y más dulce que esa ironía de Shakspeare? ¿Qué burla contra el amor y qué ternura para el amor! El sentimiento es divino, é indigno su objeto. El corazón está enajenado, y ciegos los ojos. Es dorada mariposa que se agita en el fango, y Shakspeare, al pintar sus miserias, la conserva toda su hermosura.

«¡Ven, siéntate en este lecho de flores, mientras yo acaricio tus mejillas encantadoras, y prendo rosas perfumadas en el pelo reluciente de tu cabeza, y beso tus hermosas y magníficas orejas, alegría de mi alma! Duerme, que voy á mecerte en mis brazos. Así se abraza amorosamente á los árboles la balsámica madre selva. Así pone la hiedra su anillo, como una desposada, en los dedos cortezudos de los olmos. ¡Oh! ¡cuánto te amo! ¡qué loca estoy por ti!»

Al volver la mañana, cuando «las puertas del encendido Oriente se abren al mar derramando hermosos rayos benditos, y trocando en randas de oro sus verdosas corrientes», cesa el encanto. Titania despierta en su cama de violetas y de tomillos, expulsa al monstruo; sus recuerdos de la noche se desvanecen en una vaga media luz, «como lejanas montañas trocadas en nubes». Y las hadas van á buscar en el rocío rubies que pondrán en el seno de las rosas, y «perlas que colgarán en los oídos de las flores». He ahí lo fantástico de Shakspeare: tejido ligero de invenciones temerarias, de ardientes pasiones, de burla melancólica, de deslumbradora poesía, tal y como le hubiese hecho uno de los silfos de Titania. Nada más semejante al espíritu del poeta que esos ágiles genios, hijos del aire y

de la llama, que, volando, «trazan un círculo alrededor de la tierra» en un segundo, que se deslizan sobre la espuma de las olas y saltan entre los átomos de los vientos. Su Ariel, cual invisible encantador, vuela en torno de los náufragos consolándolos, descubre los pensamientos de los traidores, persigue á Calibán, el bruto feroz, desarrolla ante los amantes pomposas visiones, y todo lo consume en un relámpago. Así son de ágiles las alas, de bruscos los botes, de suave el tacto con que Shakspeare toca los objetos.

¡Qué alma! ¡qué extensión y que soberanía de una facultad única! ¡qué diversidad de creaciones y qué persistencia de la misma impresión! Vedlas reunidas todas y todas marcadas con el mismo sello, deprovisitas de voluntad y de razón, gobernadas por el temperamento, la imaginación ó la pasión pura, privadas de las facultades que son contrarias á las del poeta, subyugadas por el cuerpo que se figuran sus ojos de pintor, dotadas de los hábitos mentales y de la sensibilidad violenta que encuentra en sí propio (1). Recorred esos grupos, y no veréis en ellos más que formas diversas y estados diversos de una potencia única. Aquí el rebaño de los brutos, de los lelos y de las comadres, compuestas de imaginación maquinal; más lejos, el grupo de los espíritus vivos, agitados por la imaginación alegre y loca; allá el seductor enjambre de jóvenes á quien remonta á tanta altura la imaginación delicada y á quien lleva tan lejos el ciego amor; en otra parte la banda de los malvados endurecidos por pasiones sin freno, animados por una fantasía de artista; en el centro el lamentable cortejo de los grandes

(1) La misma ley en el mundo orgánico y en el mundo moral. Es lo que Geoffroy Saint-Hilaire llama unidad de composición.

personajes cuyo cerebro exaltado se llena de visiones dolorosas ó criminales, y á quienes un destino interior impulsa hacia el asesinato, hacia la locura ó hacia la muerte. Subid y contemplad desde una altura la escena entera: el conjunto ofrece el mismo sello que los pormenores. El drama reproduce indistintamente las fealdades, las bajezas, los horrores, las crudezas, las costumbres desarregladas y feroces, la vida real entera tal y como es, cuando se halla emancipada de las conveniencias, del juicio, de la razón y del deber. La comedia, paseada por una fantasmagoría de pinturas, se extravía al través de lo verosímil y de lo inverosímil, sin otro lazo que el capricho de una imaginación que se divierte: es una opera sin música, un concierto de sentimientos tiernos y melancólicos que transporta al espíritu al mundo sobrenatural y figura ante los ojos, con sus silfos alados, al genio que le formó. Mirad ahora. ¿No veis en pie al poeta detrás de la muchedumbre de sus criaturas? Ellas le han anunciado; todas han mostrado algo de él. Agil, impetuoso, apasionado, delicado, su genio es la imaginación pura, afectada más intensamente que la nuestra y por objetos más pequeños. De ahí ese estilo cuajado de imágenes exuberantes, recargado de metáforas extremadas, cuya rareza parece incoherencia, cuya riqueza es superabundancia, obra de un espíritu que al menor choque produce demasiado y salta demasiado lejos. De ahí esa psicología involuntaria y esa penetración terrible, que, percibiendo en un instante todos los efectos de una situación y todos los detalles de un caracter, los concentra en cada frase del personaje, y da á su figura un relieve y un color que ilusionan. De ahí nuestra emoción y nuestro cariño. Le decimos como Desdémona á Otello: «Os quiero porque habéis sentido y sufrido mucho.»